

AKI MONOGATARI

***El misterio de la gruta
amarilla***

Carlos Bassas del Rey


QUATERNI

AKI MONOGATARI. El misterio de la gruta amarilla. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: mayo 2015
Copyright © 2015 Carlos Bassas del Rey
Copyright © 2015 Quaterni

ISBN: 978-84-943449-3-0
EAN: 9788494344930
IBIC: FJH, FFH

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Revisión: Juan Jiménez Ruiz de Salazar
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Cuadratin
Ilustraciones: Angélica López de la Manzanara
Mapa: César Cabañas
Maquetación y pre-impresión: Grupo RC
Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.
Depósito Legal: M-16465-2015
Impreso en España

19 18 17 16 15 (05)

El papel utilizado en la impresión está calificado como ecológico, libre de cloro

*Sendai. Era Kan'ei. Año decimoséptimo, siendo emperatriz Meishō.
(1641 según el calendario gregoriano)*

Período Edo.

Mi nombre es Aki Tsunetomo, Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales del clan Date, de la región de Tohoku, tengo cincuenta años y mi hora de cruzar el Sanzu está cerca.

Durante años he seguido el Camino de la Espada que me enseñó mi padre adoptivo, Miyamoto Tsunetomo, antiguo Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales a las órdenes de nuestro anterior *daimyō* Masamune Date antes que yo, y he servido a todos mis señores con honor, valentía, esfuerzo y dedicación.

Mi padre, un samurái rural menor llamado Oishi Munetomo, murió en combate sin saber que yo iba a llegar a este mundo. Desde que nací, estuve al cuidado de mi maestro, que me entrenó en el Arte de la Espada y otras disciplinas y me educó en la difícil vía de ser un hombre y un buen samurái.

Durante años, Miyamoto, mi inseparable amigo Ichiro y yo recorrimos provincia tras provincia realizando pesquisas para nuestros *daimyō* y para los *shōgun* Hidetada e Iemitsu. La naturaleza de nuestras investigaciones siempre fue secreta. Hoy, en

esta noche fría, me decido a tomar el pincel y a dejar constancia de cada una de las terribles maravillas que tuvimos la condena de presenciar. Y lo hago para honrar su valor y su memoria.

A lo largo de mis aventuras he sido testigo de horrores que jamás creeríais; he contemplado la crueldad más extrema y me he asomado a la noche más profunda en el espíritu de algunos hombres. Pero también he presenciado el mayor de los arrojos y la más increíble de las valentías. Y he aprendido que lo que hace a un hombre ser lo que es no son ni su cuna, ni su adiestramiento, sino su determinación en los momentos más difíciles. No sería justo con todos aquellos que dieron su vida si, llegado mi momento, no diera fiel testimonio de su sacrificio. De modo que todo lo que os voy a relatar a continuación, es cierto.

Absolutamente cierto.

INTRODUCCIÓN

Sendai.

*Era Keichō, año décimo, siendo Emperador Go-Yōzei.
(1605 según el calendario gregoriano).*

Período Edo.

Es tiempo de paz.

Tras el cruento choque de los ejércitos del Este y del Oeste en la llanura de Sekigahara hace cinco años, Tokugawa Ieyasu se ha hecho con el control absoluto de Japón, ha abdicado en favor de su tercer hijo Hidetada y ejerce el poder en la sombra como *Ōgosho*. Mientras, Hideyori Toyotomi, heredero del último *Kanpaku*, permanece encerrado en el castillo de Ōsaka.

La sangre de miles de guerreros aún anega la tierra, y la herida que partió al país en dos permanecerá abierta mientras el líder de los Toyotomi siga con vida.

Numerosos señores han perecido en batalla o han sido obligados a cometer *seppuku*, sus tierras han sido confiscadas y sus familias, desplazadas a otros territorios, han caído en desgracia. Los *han* han quedado divididos entre los controlados por los *tozama daimyō* de clanes periféricos, como el Maeda,

el Mori, el Uesugi, el Hachisuka o el Date, considerados aún una amenaza debido a su reciente lealtad, y los gobernados por los *fudai daimyō*, familias leales al clan Tokugawa desde antes de *la batalla decisiva* como los Honda, los Sakai, los Mizuno, los Itakura o los Doi, que controlan las principales ciudades y puntos estratégicos de las rutas comerciales.

Miles de campesinos tratan de recuperar la normalidad y vivir en paz tras años de campos arrasados, sufrimiento, fuego y muerte, y cientos de *rōnin* sobreviven asaltando a los viajeros u ofreciendo su acero mellado al mejor postor. Japón está cansado de sangre tras siglos de guerra.

Es tiempo de cambios.

Los Tokugawa han instaurado el *Bakuhan*, una combinación de poder central y poder provincial ejercido por los propios señores feudales, a los que el régimen permite mantener su gobierno, su castillo, su ejército y un sistema de impuestos local a cambio de una lealtad sumisa e inquebrantable.

A pesar de esta aparente libertad, el *bakufu* ejerce un férreo control sobre todos ellos mediante el *sankin kōtai*, que les obliga a residir en Edo en años alternos, haciéndoles costearse así un segundo palacio, y a que su esposa y sus herederos permanezcan como rehenes en la ciudad durante su ausencia. A ello se suma la obligación de contribuir económicamente a la reconstrucción de todo tipo de templos e infraestructuras públicas, el control de las principales rutas de comunicación mediante un sistema de *sekishō* militarizados y el eficaz trabajo de sus servicios de espionaje, públicos y secretos.

También la vida de los samuráis se ha visto alterada de un modo definitivo. El nuevo gobierno ha ordenado su reclusión en los castillos de sus señores como medida de control, obligándoles a abandonar sus aldeas y sus tierras y cargando a los *daimyō* con su total estipendio.

La vida militar, para la que han nacido y se han formado durante años, toca a su fin. Poco a poco, la casta de los guerreros está perdiendo su poder e influencia en favor de los cortesanos, los burócratas y funcionarios y una nueva y creciente clase social: los comerciantes.

Un nuevo Japón está a punto de nacer.

Capítulo 1:
UN BESO Y UN VIAJE



El verano llegaba a su fin y el maestro preparaba nuestro viaje a Edo para impartir su lección anual de esgrima al *shōgun*. Iba a ser la primera vez que le acompañara a la ciudad; cada músculo de mi cuerpo estaba tenso, pero mi ánimo resuelto: conocer al señor Tokugawa en persona suponía el más alto de los honores.

Aunque aún no había celebrado oficialmente mi *genpuku*, ya era un hombre. Un guerrero. Me lo había ganado con el sable. Y con mi sangre. La cicatriz que surcaría mi rostro para siempre me había conferido aquel derecho. A pesar de la fealdad de su trazo irregular y de su extraño color azulado, se había convertido en un recordatorio nítido y doloroso del poder del mal, y el hecho de que proyectara su inconfundible destello cada vez que me encontraba en presencia de un demonio, constituía una ventaja en el combate.

Tras nuestro regreso a Sendai, el *daimyō* me había nombrado Ayudante Oficial del Investigador de Asuntos Especiales del clan, mi maestro y padre adoptivo Miyamoto Tsunetomo, y a mi amigo Ichiro Omura, hijo de unos comerciantes de telas de nuestra ciudad, su vasallo principal, por lo que aún debía recorrer un largo camino en su formación como guerrero. Su valor, sin embargo, había quedado fuera de toda duda.

Semejante privilegio suponía un inesperado honor para él y su familia, de modo que se aplicó a conciencia. Desde un principio pidió al maestro que le instruyera en el arte del *tanbojutsu*,

el bastón corto, y en el de la *naginata*. Los tres sabíamos que su decisión era en honor de Takeshi, el monje cojo que había compartido nuestro primer enfrentamiento con la secta de La Única Verdad. «*Un solo guerrero armado con una simple astilla puede derrotar a todo un ejército*», solía decir, e Ichiro estaba dispuesto a cumplirlo al pie de la letra. Gracias a él, había aprendido que existían otras vías honorables aparte de la mía y la de Miyamoto, y que un hombre puede ser libre y controlar su destino si así lo desea.

La elección de mi amigo había supuesto también algo especial para mí. Como yo no era un experto en esa vía, el maestro había solicitado la presencia de Kumico para que practicara con él. Así que, dos tardes por semana, la hija del señor Hasekura, uno de los principales samuráis del clan, acudía sin falta a nuestra casa para entrenar con él. Una vez terminados mis ejercicios, me sentaba a observarla mientras Miyamoto corregía una y otra vez a Ichiro con su paciencia y tenacidad habituales. Cada uno de los movimientos de Kumico, en cambio, era preciso y ligero; una danza cuyo único resultado podía ser la muerte.

Ante la reiterada ausencia de hijos varones, su padre había insistido en que recibiera una formación militar completa, y su destreza con la *naginata* era superior a la de cualquier alumno de Miyamoto, entre los que figuraban los propios hijos del *daimyō* y de sus principales generales. No tenía rival.

La primera vez que entró en la sala de prácticas sentí miedo por cómo reaccionaría al ver mi mejilla rasgada, pero se limitó a sonreír sin dar muestra alguna de haberse percatado. Sabía que mi nueva marca había sido la comidilla de la ciudad, viajando de boca a oreja a toda prisa.

No me importaba lo que pensaran los demás...

Excepto Kumico.

Los días parecían transcurrir despacio, no solo porque el sol se mostrara reacio aún a ocultarse para la hora del perro, sino porque la falta de acción se me antojaba cada vez más aburrida. Había vivido con mayor intensidad durante los días de nuestra primera misión que en todos los instantes anteriores de mi vida juntos. Miyamoto, en cambio, se mostraba de buen

humor y disfrutaba de su tiempo libre sumergiéndose en la caligrafía, leyendo poesía, acudiendo a representaciones de *nō* organizadas por el señor Masamune en el castillo —aunque en secreto confesaba su predilección por el teatro más popular y sus historias— o tejiendo estrategias mientras jugaba al *go* con el señor Katakura.

Como premio a sus esfuerzos, el maestro había decidido que su nuevo vasallo nos acompañara a Edo. La señora Omura no puso muy buena cara cuando se lo pidió, pero su padre vio en ello una oportunidad inmejorable y se pasó varios días preparando un muestrario de sus mejores telas para que se las mostrara al mismísimo *shōgun*. Miyamoto sonrió ante la ocurrencia, pero no puso ninguna pega. Imaginé a mi amigo desplegando su catálogo de sedas frente al señor Tokugawa en persona y apenas pude contener la risa.

Trataba de vislumbrar cómo sería Edo: sus calles atestadas de gente, sus magníficos jardines, sus templos, el castillo... Aunque Kioto seguía siendo la capital, Edo se había convertido en la primera ciudad del país tras el ascenso de Ieyasu. Allí tenía su sede el gobierno y en sus estancias se tomaban las decisiones que afectaban al resto de los feudos. Sendai crecía a buen ritmo, pero estaba seguro de que no podía compararse en nada a Edo salvo en que ambas habían surgido a partir de una simple villa de pescadores.

La ciudad del estuario había nacido alrededor del castillo de Chiyoda, una pequeña fortaleza bañada por el río Sumida, que lo estrangulaba en un meandro forzado por el hombre antes de su llegada al mar. En una ocasión, el maestro me había recitado los versos de Ota Sukenaga, su constructor, en los que describía la vista desde la cima de la colina en la que se erguía: «*Un bosque de pinos que se asienta sobre el mar y desde el que puede observarse el Fuji*».

Sukenaga no fue solo un reconocido samurái y estratega, sino también un gran poeta. El hecho más singular de su vida, no obstante, había sido su repentina decisión de abandonarlo todo y hacerse monje, hasta el punto de que había pasado a la historia por su nombre budista: Dōkan.

Su *jisei*, compuesto justo en el momento de ser apuñalado fatalmente en la bañera, era uno de los poemas más conocidos de Japón:

*Si no hubiera sabido que ya estaba muerto,
habría lamentado perder la vida.*

Se contaba que, en el momento antes de ser ajusticiado, un ladrón recitó el mismo canto de muerte. Al darse cuenta, los verdugos se lo afearon, a lo que el pobre hombre se limitó a señalar que era lógico que aquel fuera el último acto de su vida.

Kumico llegó temprano. Ichiro no había aparecido aún y el maestro seguía peleándose con un *haiku* en su habitación. Esta vez, sin embargo, no venía vestida para la clase, sino que lucía un precioso *kimono* formal azul pálido, con cuello de seda cerrado con un *obi* de hojas doradas y bordes violetas que definía su cintura. Una delicada rama repleta de *sakura* trepaba por la tela hasta florecer junto a su hombro izquierdo, mientras un pétalo de hilo de seda se precipitaba al suelo sin remedio. Su cabello, recogido en un moño formal, se sujetaba en lo alto con un *kanzashi* de carey y plata. Estaba preciosa, como nunca antes la había visto.

—¿No está el maestro? —preguntó.

—Aún está en su habitación. ¿Quieres que lo avise? —susurré mientras bajaba la mirada para no encontrarme con la suya. Era capaz de derrotar al samurái más fiero con ella.

—Hoy no puedo venir a practicar. Mi madre quiere que la acompañe a una recepción en el castillo. El señor Date nos ha invitado.

Su padre era uno de los colaboradores del *daimyō*, así que, en ese momento, no le di ninguna importancia. Poco podía imaginarme que aquella visita iba a suponer el primero de un racimo de acontecimientos que cambiarían mi vida para siempre y dejarían un tajo abierto en mi pecho que ya no cicatrizaría jamás.

—Podrías haber mandado a un mensajero —fue lo único que se me ocurrió decir.

—No entiendes nada —pronunció entonces.

Sus dedos elevaron mi mentón hasta cruzar nuestras miradas. Acto seguido, recorrió mi cicatriz con sus yemas y posó la mano en mi mejilla. Me quedé paralizado. Había derrotado a un demonio con mi sable y era incapaz de dejar de temblar cada vez que estaba frente a ella...

Recordé entonces mi enfrentamiento con la *rokurokubi* en los túneles de Iwadeyama y sentí un escalofrío. Aquella criatura había usado el rostro de Kumico y mis sentimientos hacia ella segura de que no alzaría mi acero, y, de no ser por la intervención de Miyamoto, habría acabado conmigo.

Sin quererlo, rompí el contacto. Al ver su sorpresa, traté de acercarme de nuevo, pero ya era tarde. El momento había muerto.

Ella no lo comprendía...

Y me estaba prohibido explicárselo.

—Eres tonto, Aki Munetomo.

En cuanto terminó de pronunciarlo, dio media vuelta y se encaminó hacia el muro de celosía que cerraba el jardín. Ahora, el que no entendía nada era yo. Al verla alejarse, sentí un gran vacío y, sin apenas darme cuenta, mis pies se encaminaron tras ella.

—Kumico... —pronuncié su nombre casi en un rezo.

Al girarse, nuestras miradas se abrazaron de nuevo. Entonces, lo hice.

Me armé de valor y la besé.

La puerta se abrió de golpe e Ichiro chocó de bruces conmigo. Venía apurado de jugar a *kemari* y el sudor le había pegado el *yukata* al pecho. Sus ojos siguieron el balón que traía bajo el brazo mientras rodaba por el jardín. Al levantar la mirada y descubrir lo que sucedía, parpadeó, incrédulo.

—¡Perdón! —trató de disculparse, pero el beso ya estaba roto.

—¡Ichiro Omura! —exclamé, contrariado.

El pobre bajó la cabeza abatido y se quedó allí plantado sin saber qué hacer.

—Debo irme. Por favor, discúlpame ante al maestro —se despidió Kumico.

Un palanquín la esperaba frente a la casa. Al ver que su hija tardaba en volver, la dama Hasekura había asomado la cabeza para averiguar el motivo de su retraso. Kumico nos hizo una pequeña reverencia y fue a su encuentro. Mientras escuchaba el frufú de su *kimono* al alejarse, me sentí el hombre más feliz del mundo. Aún notaba el calor de sus labios y el olor a magnolia de su perfume.

¡La había besado!

Y, lo que era más increíble aún...

¡Me había devuelto el beso!

En cuanto subió al transporte, el pequeño séquito se perdió calle abajo a toda prisa. Al ver mi cara de bobo, Ichiro me dio una fuerte palmada en la espalda.

—¡Enhorabuena! —voceó con una gran sonrisa.

De repente, escuché la voz de Miyamoto a mi espalda:

—¿Se puede saber por qué?

—Kumico ha venido a disculparse. Debe asistir a una recepción en el castillo y no puede venir al entrenamiento —contesté sin darle excesiva importancia, aunque mi voz temblaba.

De lo que ni Ichiro ni yo nos habíamos dado cuenta era de que la vieja Kichi, nuestra ama de llaves, lo había observado todo desde el huerto, callada e invisible como siempre. De haberme percatado de su presencia, tal vez habría podido ver la expresión hosca que se había formado en su rostro al ver cómo nos besábamos. Al igual que Miyamoto, conocía la historia de mis padres; Kumico, simplemente, no estaba a mi alcance.

El maestro carraspeó.

—Está bien. Seguidme —nos indicó mientras devolvía sus *geta* al *genkan* y entraba en la casa.

Una vez frente a su habitación, deslizó el panel de entrada y desapareció dentro dejándolo abierto.

—¡A qué esperáis! —rugió desde el interior.

Ichiro, que compartía mi miedo por aquella estancia, en la que teníamos terminantemente prohibido entrar, me empujó con el hombro para que fuera delante. Avancé con reverencia mientras

echaba un vistazo alrededor. La luz que se filtraba a través de los paneles de papel de la ventana dibujaba un camino de pequeños cuadrados de luz sobre el *tatami*. Al darme cuenta de que no me seguía, descubrí que el muy cobarde se había quedado en la puerta hasta asegurarse de que no me sucedía nada extraño.

Era la habitación más grande de la casa, superior al propio *zashiki* destinado a las recepciones. Mi vista se posó de inmediato sobre la armadura del maestro. Aunque sabía que un samurái de su posición tenía una, jamás la había visto. Era completamente negra, sin un solo detalle en otro color. Hasta los largos bigotes que caían del centro del *mempo* eran como una tupida cascada de brea.

Traté de imaginarle en plena batalla; estaba claro que aquel *yoroï* estaba hecho para la guerra. A cada lado del casco nacían dos enormes cuernos cuyas puntas se curvaban hacia dentro como si, con el tiempo, tuvieran planeado fusionarse. Entre ellos brotaba una densa crin de bastos cabellos que llegaban hasta el mismo borde de la visera, ocultando por completo su *mon* familiar.

Al mirarla con más detenimiento, distinguí las marcas de varios golpes, cortes y flechazos sobre el *do* y algunas de las láminas de brazos y piernas. Una de ellas llamó mi atención de un modo especial; era un agujero del tamaño de la punta de mi meñique. Sin duda, un disparo de *tanegashima*.

Apoyados en la pared descansaban su arco, un *yari* y una *naginata*. El extremo de la lanza era alargado y punzante como una hoja de bambú joven, y el filo de la alabarda estaba mellado en varios puntos. ¿Cuántas vidas habría segado con ella?

Mientras el maestro rebuscaba algo en una esquina, apremié a Ichiro para que se reuniera conmigo.

—¡Aquí está! —exclamó Miyamoto mientras agitaba los brazos frente a un *honbako*.

Trazados en la cubierta del libro descubrí el mismo tipo de símbolos que se iluminaban en el acero de nuestros sables en presencia de seres del más allá. Uno a uno, Miyamoto extrajo los volúmenes que lo formaban y los dejó sobre una mesa. Cada uno de ellos estaba identificado con su propio título.

—¿Un libro? —susurró Ichiro a mi espalda.

—Las palabras son un arma devastadora —advirtió el maestro—. Una sola es capaz de inflamar el corazón más duro o de derrocar al tirano más cruel.

A mi mente acudió de inmediato una, capaz de trastabillar todo mi mundo con solo ser susurrada: Kumico.

Al abrir el primer tomo, una fina hoja de papel se elevó en pos de la carátula y quedó suspendida en el aire. Tras un instante, se posó de nuevo con la suavidad de un copo de nieve y descubrimos un dibujo.

Era un demonio.

—Debéis aprender a conocer aquello contra lo que vais a luchar tanto como a vosotros mismos —apuntó Miyamoto—. Este libro contiene todo lo que necesitáis saber sobre el mundo de los espíritus y de los demonios. Sus nombres, su origen, el modo en el que son convocados, su poder y cómo devolverlos a la otra orilla del Sanzu. El entrenamiento que realicéis aquí es tan importante como la instrucción en la sala de prácticas.

—¿Todos los cazadores de *yōkai* tenéis uno? —quiso saber Ichiro.

Miyamoto asintió con un golpe seco de su cuello. Aunque su cargo oficial dentro del clan era el de Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales, su verdadero cometido era el de indagar sobre todos aquellos sucesos en los que parecía estar envuelto algún ser del más allá.

Se decía que cada clan tenía su propio cazador. Incluso el mismísimo *shōgun* contaba con uno a su servicio. Aunque muchos pensaban que se trataba de una simple leyenda. De hecho, nadie en el nuestro conocía la verdadera ocupación del maestro a excepción del *daimyō*, sus tres asesores más estrechos, Ichiro y yo. Y, aunque nunca lo hubiera expresado en voz alta, estaba convencido de que también la vieja Kichi compartía el secreto. Probablemente desde antes incluso de que Miyamoto me adoptara.

Ni siquiera Kumico lo sabía.

Hubiera dado un brazo por poder contarle dónde había estado los últimos meses. Por poder decirle que me había enfrentado a

varios demonios y a un poderoso *onmyōji* y les había derrotado. Que había salvado la vida de Miyamoto y salvado al país. Que la cicatriz que afeaba mi rostro era obra de un ser del más allá; una señal inequívoca de mi valentía.

—Pero no olvides que tras la mayoría de demonios se oculta casi siempre un simple hombre —interrumpió mis pensamientos Miyamoto.

Acto seguido, dio media vuelta y salió de la habitación dejándonos solos.

Aunque se había enfrentado a seres de todo tipo a lo largo de los años, quienes verdaderamente le preocupaban eran aquellos que los invocaban y los sometían a su voluntad. «*Ninguna maldad puede compararse a la del hombre*», afirmaba rotundo. Gracias a él había aprendido que, lejos de suponer un peligro, muchos de los espíritus que poblaban caminos, montañas, ríos y bosques vivían en perfecta armonía con los vivos. Y también había comprobado en mi propia carne la crueldad con la que podían comportarse de ser invocados por un mortal.

—¿Acaso insinúa que debemos memorizar todo esto? —exclamó Ichiro, espantado.

La sola idea de tener que recordar tanta información hizo que la cara se le pusiera blanca.

—Ichiro Omura —pronuncié ceremoniosamente—: tu maestro te ha ordenado algo, obedece. Esa es la vía del samurái.

Ichiro me miró con cara de pocos amigos, pero se abstuvo de protestar: él mismo había decidido elegir aquel camino.

Al caer la noche, el maestro nos dio permiso para dejarlo. Kichi había terminado de preparar la cena y nos esperaba. Ichiro se excusó y se marchó a casa; a su madre le hacía cada vez menos gracia que su hijo pasara tantas horas con nosotros. Nos culpaba por haberle metido en el vientre el sueño de ser un gran guerrero en lugar de seguir el camino asignado por su cuna como honrado comerciante. Poco importaba que el nombramiento oficial que su hijo había recibido de manos del propio *daimyō* supusiera un gran honor. Como toda madre, temía que aquello no acabara bien.

Kichi había preparado *shiouchi mame* con legumbres del huerto y había dispuesto los platos sobre la mesa laqueada del salón. A un lado descansaba la nueva tetera roja de hierro de Nambu con la que el señor Masamune había obsequiado al maestro tras nuestro regreso. Ambos eran grandes admiradores de aquellas pequeñas joyas y presumían de sus colecciones siempre que podían.

—Partiremos dentro de tres días —me informó—. El maestro Yagyū ha tenido la amabilidad de invitarnos a su casa.

—¿Hace mucho que le conoces?

—Desde que estudié la técnica del *mutō-dori* con su padre. Por entonces él aún era un niño. Ahora ya es un hombre. El maestro oficial de esgrima del *shōgun*, nada menos —señaló con orgullo.

Sentí una punzada de envidia, no únicamente porque se mostrara ufano de los progresos de alguien que no fuera yo, sino porque aún no me había enseñado los conocimientos ocultos del desarme a manos vacías.

—Te caerá bien —añadió mientras dejaba escapar una sonrisa que respondía a algún recuerdo privado.

Miyamoto me contó que, tras declinar la oferta que le había hecho el anterior *shōgun* para que se ocupara en persona de la formación de los Tokugawa, le había indicado que los mejores maestros de la vía de la espada de todo Japón eran Yagyū Muneyoshi y su propio maestro, el señor Imamura.

No hizo falta que me detallara cuál había sido la respuesta de Imamura *sama*, el ‘maestro de maestros’, celoso de su soledad en la cima de una montaña desde hacía años. Me lo imaginé sentado en el porche de su pequeña casa, con su *kimono* raído y su cabellera enmarañada mientras indicaba al emisario de Ieyasu, ahogado tras el esfuerzo de trepar por una interminable escalera de piedra cubierta de musgo, que ya podía marcharse por donde había venido.

—Tras su negativa, el *shōgun* se dirigió a Muneyoshi, cuyas habilidades ya había sufrido en sus propias carnes —continuó.

—¿Se habían enfrentado? —exclamé sin poder evitar la sorpresa.

Miyamoto soltó uno de sus pequeños gruñidos de desaprobación:

—¿Quién cuenta la historia? —me reprendió—. Debes aprender a controlarte, Aki: la mayor virtud del samurái es el silencio. Aprende a escuchar y a ser paciente.

Asentí con firmeza. El rostro del maestro se relajó y recuperó el buen humor casi al instante:

—Siendo aún *daimyō*, lo invitó a su residencia de Kioto para que le hiciera una demostración de su renombrado «Estilo de la nueva sombra». Era una prueba, por supuesto. Muneyoshi acudió a la cita acompañado de su hijo pequeño y se enfrentó al propio Ieyasu, desarmándolo y derrotándolo con estrépito —relató a la vez que dejaba escapar una nueva sonrisa, como si el resultado de aquel encuentro no hubiera podido ser otro—. Tras mi negativa y la de Imamura, le ofreció el puesto a él, pero el viejo Yagyū rehusó debido a su avanzada edad y recomendó a su hijo en su lugar. Ieyasu lo nombró entonces su Maestro Oficial de Esgrima y le concedió el título de *hatamoto*.

Ser nombrado vasallo superior no solo suponía un gran honor, sino también una enorme responsabilidad.

—Maestro... —balbuceé—. ¿Me enseñarás la técnica de la escuela Yagyū?

En los últimos años habían proliferado gran cantidad de nuevos *dojo* por todo Japón, y la cosa no tenía visos de parar. Muchos samuráis perfeccionaban su técnica con el sable en estilos reconocidos como el Shinto, el Shinkage, el Toda, el Chujo o el Itto —a los que había que añadir algunas escuelas de más reciente creación como la propia Yagyū Shinkage, la Suio o la Jigen— y, con el tiempo, acababan desarrollando uno nuevo. La propia escuela Shinto se había dividido en varias escuelas como la Tenshin Shoden Shinto, la Arima, la Katori Shinto, la Ippa, la Bokkuden y la Ten, cada una surgida al amparo de un alumno.

Miyamoto rumió durante unos instantes, que se me hicieron eternos.

—No —contestó al fin.

Su negativa me sentó como uno de los puñetazos de Ichiro en la boca del estómago. Traté de dominar mis sentimientos e

incliné la cabeza en señal de respeto: no me correspondía conocer sus motivos ni pedir ninguna explicación.

Tan solo los ruidos que provenían de la cocina, en la que Kichi terminaba de recoger los platillos de la cena, evitaban que el silencio nos engullera.

—Esa tarea le corresponde a otro —pronunció mientras se ponía en pie.

Su figura desapareció pasillo abajo dejándome envuelto en mis reflexiones. ¿Acaso consideraba que aún no era un samurái preparado? ¡No podía ser!

La vieja Kichi entró en el comedor y se acercó a mí. Al ver mi cara encendida, me reprobó sin miramientos.

—No entiendes nada, Aki Munetomo.

OTROS TÍTULOS DE LA EDITORIAL

- 一 Musashi I. La leyenda del samurái
- 二 Musashi II. El Camino de la Espada
- 三 Musashi III. La luz perfecta
- 四 La sombra del Kasha
- 五 Fuego Cruzado (Crossfire)
- 六 Taiko I. El hábil cara de mono
- 七 Taiko II. Hideyoshi en el poder
- 八 El susurro del diablo
- 九 R.P.G. Juego de Rol
- 十 El dragón, Rashōmon y otros cuentos
- 十一 Los ninjas de Kōga
- 十二 Hanshichi. Un detective en el Japón de los samuráis
- 十三 El ladrón
- 十四 Brave Story I. Un nuevo viajero
- 十五 Fantasmas y samuráis. Cuentos modernos del viejo Japón
- 十六 Mitos populares de Japón. Leyendas de Tōno
- 十七 Relatos de samuráis
- 十八 Brave Story II. La torre del destino
- 十九 Las piedras de Chihaya I. El hilo del karma
- 二十 Los atajos de Yuko
- 二十一 La leyenda de los ocho guerreros perro
- 二十二 Shigurui. El torneo del castillo Sunpu
- 二十三 Las piedras de Chihaya II. La nube rasgada
- 二十四 Viaje por el Tōkaidō. Un rato a pie y otro caminando
- 二十五 Los extraños métodos del doctor Irabu
- 二十六 El verano de la Ubume

- 二十七 Antología de relatos japoneses. 3 maestros de la literatura
- 二十八 Las piedras de Chihaya 3. El dragón y el crisantemo
- 二十九 El viento de los dioses
- 三十 El asesinato del magistrado. Los casos del juez Di
- 三十一 Las nuevas aventuras de Hanshichi
- 三十二 Guía ilustrada de monstruos y fantasmas de Japón
- 三十三 El castillo de los búhos
- 三十四 Un gran descubrimiento. Doce cuentos japoneses
- 三十五 El veneno de la tarántula. Los casos de Byomkesh Bakshi
- 三十六 El biombo lacado. Los casos del juez Di
- 三十七 Kokoro (Manga)
- 三十八 Soy un Gato (Manga)

Más información en:

<http://quaterni.es>



Síguenos en:

<http://www.facebook.com/QuaterniEditorial>

<http://www.twitter.com/quaterni>

<http://www.pinterest.com/quaterni>

<http://www.youtube.com/quaternieditorial>